

NUMERO XIII.

Carta de Francisco de Mora, aposentador del palacio del rey don Felipe III, y su arquitecto, y trazador mayor, escrita debajo de juramento (1).

Acerca de la fábrica de la iglesia de San Josef en Avila.

1. Como yo estuviere en el servicio del Rey, nuestro Señor, se ofreció haber de ir á Sevilla por su mandado, para hacer un ingenio de labrar moneda al uso de Alemania, y envié en mi compañía (con otros alemanes que habian venido) al padre Mariano, á quien la madre *Teresa de Jesús* dió el hábito en Pastrana, que por ser este padre grande ingeniero, mandó Su Majestad que fuese con nosotros.

2. Por el mismo camino y allá me dijo muchas cosas de la madre *Teresa*, porque él la queria mucho, pero no porque yo reparase entónces en lo que me decia.

3. Ofrecióseme en otra ocasion haber de ir á Ocaña, adonde traté en un convento de monjas de Santo Domingo Descalzas, y por algunas buenas obras que les hice, me cobró tanta voluntad la priora, que era muy sierva de nuestro Señor, en el cual convento guardaban las Constituciones que la dicha madre *Teresa* dejó para sus religiosas.

4. Esta priora, pues, me encomendaba á Dios; y porque deseaba mucho mi salvacion, me dió un libro escrito de mano, que compuso la dicha madre *Teresa* (que se intitula *Las Moradas*), para que yo lo leyese y me aprovechase de lo que allí dice, aunque no lo hice, pues no me sirvió, demás de saber que habia una mujer que se llamaba *Teresa de Jesús*, que habia sido fundadora de las Descalzas Carmelitas, que hasta

(1) Esta carta es muy curiosa é interesante, y será apreciada, no solamente de las personas piadosas, sinó tambien de los artistas y literatos, por las muy curiosas noticias que contiene. Mora fué muy querido de Felipe II y III.

entónces no la conocia, aunque todavía le tomé alguna poca de devocion.

5. Otra vez, estando en Salamanca, como ya tenía alguna noticia de esta Santa, y habia oído decir muchas cosas della, y sabiendo que su cuerpo estaba en Alba, me determiné de ir á verle.

6. Llegado, hablé á la priora, que era Inés de Jesús, la cual me respondió con grande sentimiento, que el cuerpo lo habian llevado á Avila, pero que me enseñaria un brazo que allí habia.

7. Volví á la tarde, y por la ventanilla del comulgatorio me lo sacó envuelto en un tafetan carmesi: cosa maravillosa, que con haber cuatro años que era muerta, no parecia sinó de un cuerpo vivo, por lo cual alabé á nuestro Señor: al fin, ántes de envolverlo, sin que lo viesen, con las uñas le quité un pedacito del tamaño de un garbanzo, y envuelto en un papelito, le metí en unas horas, quedándome los dedos bañados en óleo.

8. La priora me dió para la infanta un pedacito de la túnica con que enterraron á la santa, que lo estimó mucho, y otro para mí.

9. Y por el grande deseo que tenía de ver el cuerpo de la Santa, me determiné de ir á Avila, y dióme la priora una carta para que me lo enseñasen.

10. En el camino saqué el pedacito de carne y le hallé todo el papel empapado en óleo, y un pedazo de las hojas de las horas, de que quedé admirado.

11. Era tanto el deseo que tenía de llegar á ver el santo cuerpo, que en medio de los calores caminaba, y con tal prisa, que los criados no me podian seguir ni yo dejar con esta ánsia de llegar á Avila sin ellos.

12. Traia por descansar, la una pierna encima del arzon de la silla, y el pié izquierdo en el estribo, y el guardasol en la mano, cuando en esta ocasion tropezó la mula y caí al lado izquierdo, y anduvo la mula, á mi parecer, más de cincuenta pasos, y yo colgado del arzon de la silla, de la rodajuela de la espuela, y á mi parecer venia como sustentado de alguno, tanto, que miraba á un lado y otro á ver lo que era; pero, sin saber cómo, me hallé en el suelo en pié, sin daño alguno; y

aunque entónces no reparé, pero despues he echado de ver que la santa Madre me favoreció.

13. Llegado, pues, á Avila, fuíme con aquella ánsia á aprear al monasterio de San Josef, di mi carta á la priora llamada María de San Jerónimo, la cual me respondió que era imposible ver el cuerpo de la santa, porque estaba en el Capitulo muy encerrado.

14. Yo, desconsolado, dije me abriesen la iglesia, y estábase acabando de labrar la capilla mayor, que la hacía Don Alvaro de Mendoza, la cual iglesia era tan pequeña, que me afligió.

15. Díjele á la priora (que estaba á la reja del coro) que queria sacar aquella planta: dijo que lo hiciese. Pregunté quel nicho que estaba con reja debajo de la del coro, que para qué era; dijo que para poner el cuerpo de la santa Madre.

16. Saqué la planta del nicho y todo lo demás, y con aquello me despedí.

17. Fuíme al Escorial, adonde estaba el rey y la infanta, á quien di la reliquia, la cual, delante su padre, besó con mucha reverencia con los ojos y boca. Di cuenta al rey de mi viaje, y enseñándole la traza que habia sacado, me dijo:—Guardadla;—lo cual yo hice veinte y dos años.

18. Dióme un conocido mio dos libros de la santa Madre ya impresos; yo comencé á leerlos, y fué el Señor servido, que luégo fui abriendo los ojos de mi descuido y á concertar mi desconcertada vida, sintiendo notabilísimo provecho (*sic*) en leer en ellos.

19. Estando una vez con Su Majestad en el Escorial, acercaron á sacar los libros, que allí tiene originales, con uno de San Agustin (1) en un cajon, y mandó Su Majestad que no los volviesen á cerrar, sinó que se los llevasen á su aposento; yo los llevé, y Su Majestad los iba leyendo, y cuando salia fuera, yo procuraba leer tambien en ellos. Pedí licencia para que me dejase trasladar el de *Las Fundaciones*, que no estaba impreso: diómela, y yo lo hice escrebir luégo.

20. Sucedió, pues, que teniendo un criado mio, vizcaino,

(1) Todavía se conserva en el Escorial este códice, que se dice ser de San Agustin, con los libros originales de Santa Teresa.

llamado Domingo, un gran dolor de muelas, hízose sacar una, y estaba tan fuerte, que juntamente con ella le levantaron un pedazo de las encias, de que vivia atormentado con récios dolores: llaméle un dia y hice que se pusiera de rodillas, diciéndole que tuviese mucha fe, que aquel libro escrito por mano de una gran santa, y que ella le curaria. ¡Oh maravillas de Dios! apénas le apliqué el libro á la parte del dolor, cuande dijo:—Señor, no me duele;—ni le dolieron más, de que yo alabé muchos años.

21. En estos originales hallé que la santa Madre se dejó en blanco una hoja, y á la esquina de abajo puso de su letra:—Esta hoja quedó en blanco: pase adelante.

22. Yo lo corté y guardé muy bien, porque como no hacía falta al libro, por estar ambas planas que se carean, blancas, las pegué una á otra, y me quedé con las palabras dichas.

23. Pues como continuase con mi leccion, mi vida se iba ordenando de diferente manera.

24. Vuelto á Madrid traté de buscar un confesor; hallélo muy bueno y gran siervo de Dios, de cierta religion, que no es carmelita Descalzo; mas de las otras religiones es una de las más estrechas.

25. Informéle, despues de confesarme, del provecho que sentia con estos libros; mandóme que continuase en su leccion; y él hasta entónces no los habia visto, por lo cual yo le envié uno, y me dijo que para conocer la santidad de la santa Madre, él no habia menester más de ver que habia sido *fundadora de una religion*.

26. Empezó á leer el libro, que le di, con tanto afecto, que yéndole yo á ver, le hallaba siempre embebido en su leccion.

27. Díjome un dia:—¡Oh, señor Fulano! ¡Y qué libro es éste!

28. De todos cuantos he leído en mi vida, que ha sido toda la *Sagrada Escritura*, Santo Tomás y otros libros de santos, todos ellos no me han movido tanto como éste; y tanto, que si hoy no fuera religioso, sólo por lo que he leído dél me metiera en religion. Ibase tanto encendiendo en el amor de Dios este padre cuando hablábamos de esta Santa, que me hacía alabar á Nuestro Señor.

29. Supe cómo Francisco Guillamas, maestro de la cá-

mara del rey, hacia una capilla en el convento de San Josef de Avila, para la cual me pidieron limosna: á mí me debia una cédula de seiscientos ducados, y dije:—Déme los trescientos y los otros trescientos yo los enviaré á las monjas, —que ya entónces las tenía tan olvidadas, como si jamás las hubiera hablado: díjome que estaba bien.

30. Vino á mis manos una carta de la santa Madre, y yo la trasladé, y á la última palabra me dió un frio muy grande y vómitos: al fin vino á parar en cuartanas. Yo aquellas letras de la santa Madre me las ponía encima del estómago, cuando me habia de venir el frio; y con invierno ó entrada dél, y decir los médicos, que tenía muy buena capa para pasarlo, á la quinta cuartana se me quitaron.

31. En levantándome fui á confesarme, y díjome el confesor sin yo decirle nada:—Aquella limosna que habia de hacer para la canonizacion de la santa Madre, envíesela á las monjas, que están con gran necesidad, y no con obligacion alguna, sinó de limosna.—Y riéndose, dijo:—Ella se está harto canonizada; haga lo que le digo.—Díjome él esto, porque ántes de todo esto dije que queria enviar un poco de dinero para ayudar á la canonizacion de la santa Madre; yo escribí á la madre priora lo que mi confesor me habia dicho (que no le escribí yo quién era), y envié luégo el dinero; la cual me respondió, que no creyese que era hombre, sinó algun ángel, porque jamás aquella casa se habia visto en tan grande necesidad, como cuando llegó aquella limosna.

32. Otro dia, volviéndome á confesar, me dijo mi confesor, como al descuido:—En San Josef de Avila hay dos almas á quien el Señor ama mucho, y en gran manera; la una se llama Fulana, y otra compañera suya.

33. Sepa de un criado del rey que de limosna hace labrar la iglesia de San Josef. — A lo cual respondí: — Ya sé quién es; llámase Guillamas. — Ese dice es, y la obra que van haciendo no va buena, y no le contenta al Señor, que iglesia adonde Su Majestad ha de obrar tantas maravillas, vaya como va; ni la cubierta sea de madera, sinó de bóveda, y que vaya muy bien hecha.

34. Es menester que hable como de suyo á Guillamas, y en presencia de su mujer (esto dijo, porque la mujer le inci-

ta á que la hiciese de madera), buscando buena ocasion, les diga que adviertan que la Santa no dice en sus libros que las iglesias sean de maderas y toscas, sinó las casas de la habitacion, porque sean éstas humildes, que no hagan ruido al caer el dia del Juicio, y que la iglesia, en todas maneras, la hagan de bóveda; y hecho esto es menester que se llegué á Avila y dé traza como la iglesia se haga bien, y en todo caso sea de bóveda.

35. Yo le repliqué que era Cuaresma y dias de sermones; á lo cual respondió:—Buen sermón se oye haciendo lo que Dios manda; no pide la obra dilacion, que van con ella muy adelante, y no va bien; procure hacer lo que he dicho y ir luégo.

36. Y como hay diferentes caminos, le pregunte por el que iria, y me respondió:—Vaya por do quisiere, que el Señor irá con él; no tema el camino, qué le dirá lo que ha de hacer, y téngase por muy dichoso en que Dios le haya escogido, entre millares, para esta obra suya, y tiene librada su salvacion en este servicio que le ha de hacer.

37. Mire no lo pierda por su culpa; y en aquella casa, y aun en la religion, ha de haber memoria suya para siempre.

38. Al fin me despedí dél, y por estar Guillamas enfermo le fui á visitar á su casa, y así tuve ocasion para decirles á los dos juntos lo de la obra, que mi confesor me dijo, y que por ser obra de la madre *Teresa de Jesús*, queria yo ir allá á verla y trazarla, y mandar para esta obra los seiscientos ducados que me debia, porque habia sabido que sobre lo viejo de la iglesia habian cargado lo nuevo, que no valia nada, y ella, admirada me dijo:—A fe, señor, que eso no lo dice vuestra merced.

39. Al fin concertamos que fuese mi ida luégo: él escribió á la madre priora (que ya yo no conocia ninguna en aquella casa) cómo yo era devoto de la santa Madre, y que iba á ver su obra.

40. Partíme, pues, y en el camino me determiné que la obra se echase toda en tierra, hasta los cimientos.

41. En llegando á Avila, me fui derecho á la iglesia, y vi que sobre lo viejo habian levantado paredes de piedra seca y barro, y llegaba ya con la obra cerca de poner los maderos

para la bóveda: mandé luego á los oficiales que no pasasen adelante hasta que resolviésemos lo que conviniese de hacer; hablé á las monjas y priora, que se llamaba Isabel de Santo Domingo, y me dijeron su determinacion acerca de acabar la obra.

42. Yo les dije que lo encomendasen á Dios, que ya se veria lo que convendria más.

43. Olvidéme de decir que mi confesor me dijo que á una religiosa que se llamaba Fulana, le dijese de su parte que le encomendase á Dios (con su compañera, que nunca me dijo el nombre) «y que le suplicasen le hiciese buen religioso, y que despues de Dios fiaba mucho su salvacion de ellas,» y esto con grande sentimiento; y preguntándole por el nombre de la compañera, me dijo:—Vaya con Dios, que ella lo sabe.—Ofrecióse entrar una vez dentro del convento, y preguntada por la religiosa que me dijo, la hicieron llamar, y estando algo retirada de las otras (que estábamos en la huerta), le dije:—Un religioso de tal Orden me ha dicho que vuestra reverencia y su compañera.....

44. Llegado aquí ella me dijo muy pasito:—No aquí, no aquí;—con que me hizo callar, y al fin me fuí sin hablarla.

45. Dile tambien á la madre priora doscientos ducados para el gasto dellas en aquellos tres dias, que yo habia de estar allí.

46. Detúveme tres dias en hacer plantas, perfiles y montañas, con tres capillas más de las que iban hechas, que las dos dejó, la una hecha la santa Madre y enterrado en ella un hermano suyo, y la otra un clérigo llamado Julian de Avila, su confesor y compañero en las fundaciones.

47. Estas dos quedaron, y otra que iba haciendo Guillamas para sí, que con las que yo añadí en la traza son seis, y por la pobreza que habia, le pareció al licenciado Mena (que es quien me acompañaba) que entónces no se hiciese más de la iglesia.

48. Vinimos en esto, y concertado todo fué forzoso entrar otra vez al convento á enseñarles las trazas y decirles lo que habia.

49. En estando juntas las monjas les dije:—Madres, esta iglesia se ha de echar por tierra toda y se ha de hacer de nue-

vo, conforme á esta traza, porque va errada, y es menester que se alargue más, ya que no se puede ensanchar, y que se le haga un pórtico muy hermoso, y la bóveda lo mejor que se pudiere, y no de madera. Propúseles tantas cosas, como si tuviéramos cincuenta mil ducados para obrar, y no habia una blanca; mas en mi corazon habia una gran confianza quel Señor me habia puesto: todas respondieron que estaba muy bien.

50. Sólo la priora reparó y dijo:—Señor, ¿de dónde se ha de hacer esto, que no hay una blanca?—yo le dije:—Madre, no tenga cuidado, que Dios lo proveerá; y si no, venderemos un par de monjas,—con que rieron mucho; y por saber si mi confesor tenia alguna correspondencia con las monjas, les dije:—Madres, ¿háles escrito sobre esta obra un fraile de tal Orden?—ellas me dijeron que no, y ni le conocian, ni áun á muy pocos de su Orden; con que yo quedé un poco suspenso.

51. Al fin les dijo con mucha confianza:—No hay sinó que comencemos á derribar la iglesia luego, que Dios nos ha de ayudar, y todos pedirémos limosna.

52. Con esto me despedí y volví á Madrid.

53. En llegando, fui luego á ver á mi confesor, y por ser tarde no me dijo otra cosa, sinó que nada queria ver ni tratar aquella noche, sinó que al otro dia volviese y llevase las trazas: paréceme que debió de tener mucha oracion sobre el caso, como abajo diré.

54. Volví al otro dia y dilé cuenta de mi jornada, y cómo quedaba la obra derribándose, y que se habia de hacer toda de sillería, sacando los cimientos, dijome:—Está bien todo así.

55. Lo que ahora ha de hacer es ir á Guillamas, y en presencia de su mujer decirle cómo conviene esta iglesia hacerla así, y que será costosa, y hacerles un requerimiento, una y dos veces: que si no la quieren hacer así, que se la dejen toda, que él la hará, y ofrézcales algo por que se la dejen á él solo; y si se la dejan, bienaventurado hombre (esto dijo poniéndome las manos en los hombros.)

56. Más ha de hacer, dijo, si no se la dejan: ha de ayudar á pedir la limosna, y pídale al rey, á la reina y al duque, y á los grandes y caballeros de la córte, nombrándome algunos, y al obispo de Avila, al marqués de la Velada; y él so-